

La consolidación de la Nueva Etapa

por Francisco Bosch*

Este asunto de la deuda externa argentina cada vez se parece mas a una gran comedia. Lo es para quienes califican a los acreedores de usureros y para quienes los adulan como si fueran la fuente de bendiciones inagotables. Esto al margen de que muchas veces los aduladores y los maldicientes se reemplazan entre sí, por imperio de las situaciones en que los coloca la política menuda; propiedad ésta de las comedias que permiten sin mayores consecuencias el aplauso y el llanto de quienes asisten a la representación. Es posible además que tanto quienes denuncian las condiciones usurarias de la deuda como quienes esperan seguir viviendo de la fuente inagotable del crédito internacional, tengan buenas razones para aplaudir o para condenar. Como la deuda es usuraria, viciada de anatocismo, contraída por deudor en "estado de necesidad", y porque viola elementales principios morales, no hay obligación moral ni jurídica de pagarla, dicen unos, mientras los otros -que tampoco saben cómo pagarla - apelan a ingenierías que consisten en mover las cifras de créditos y débitos de una columna en otra y proseguir alegremente con un endeudamiento que se multiplica por sí mismo hasta el infinito. Lo que suscita sorprendentemente la aceptación de los acreedores que de vez en cuando envían a sus técnicos que terminan por otorgar su aval a estos manejos.

Situación que en sus contradicciones nos aproxima a esa especie de perplejidades que ponen en peligro la misma subsistencia de un pueblo que pretende seguir siendo una nación. Creo que los términos de la polémica superficial no hacen mas que agravar estas perplejidades.

Hay que salir de ello; el primer paso es el de tratar de comprender la naturaleza, tanto política como económica, del esquema de integración planetaria que está en el embrión de la dificultad. Este esquema no es ni original (malgrado los que disputan su autoría, como si lo fuera) ni difícil de comprender. Consistió en implantar en la economía nacional una moneda constante en relación con el dólar de los Estados Uni-

dos, así fuera que su previsibilidad se lograra mediante el procedimiento de la "tablilla" de devaluación programada como se imponía en los períodos inflacionarios mediante el cerrojo cambiario, con congelamiento de las variaciones monetarias que fue puesto en práctica por Cavallo, que frenó la inflación y hoy permanece en vigencia.

En esta perspectiva, el control o freno de la inflación es secundario, por más que haya sido propuesto como principal, suscitando en dicha condición adhesiones de importancia. Por que el propósito que anima a los ejecutores del sistema ha sido el de adecuar la economía nacional a las condiciones del mercado mundial. La moneda nacional pasa de esta manera a constituirse en una "moneda internacional de uso interno" que posee la propiedad de medir los intercambios, tanto para el mercado interno como para el externo. Lográndose así la equiparación progresiva de los precios nacionales a los internacionales; para arribar -a lo cual se recurre de manera simultánea- a la supresión de toda clase de subsidios, con homogeneización de los aranceles del comercio exterior.

Otras cuestiones conexas quedan alineadas según al régimen monetario (esto es ni más ni menos en lo que consiste el monetarismo: en el sometimiento a una sola variable dominante -la moneda- de los demás factores económicos). Se trata además del más eficiente instrumento de la globalización y con tal alcance fue propuesto, reiterándose en términos análogos después de cada derrumbe terminado en hiperinflación (no viene mal recordar que las hiperinflaciones que sufrimos en nuestra reciente historia han sido consecuencia del fracaso de la política del cerramiento de la moneda nacional con el dólar de los Estados Unidos, comenzando por la dupla Gelbard y Rodrigo, siguiendo por Martínez de Hoz, en cierta medida por Grinspun, por Sourrouille en sus varios "bis" primaverales, luego por Rapanelli y Erman González; Cavallo se viene salvando por el momento).

A la solidez de este cepo que fue cambiario en su origen y que terminó por anquilosar todo el sistema productivo del país, se debe la sorprendente docilidad de las víctimas de la transnacionalización -productores nacionales grandes, medianos y pequeños, asalariados y técnicos- frente a los desastres que se sufrían en cada uno de los sectores de la producción. Un empresariado urbano y rural descerebrado por los profetas del capitalismo a lo que se sumaba el efecto disuasivo del tabú de la inflación contenida.

Además de acallar las protestas que hubieran hecho “tronar el escarmento” en un pueblo culturalmente menos dependiente, el sistema de la integración mundial de la economía fue afirmándose en lo que a su poder interno concierne. Hoy en día, luego de los episodios ya mentados, muy especialmente durante el largo período del cavallismo, la estructura productiva destaca la sustitución interna de los factores de poder económicos que han pasado a ser monopolizados en su inmensa mayoría por las empresas transnacionales —financieras, industriales y de servicios—, desplazando a los viejos protagonistas de las pujas económicas (la extinción virtual de los sindicatos, que con todos sus defectos se encontraban comprometidos con una economía nacional, no obedece tan solo a la desocupación endémica que es propia del capitalismo en esta etapa de su desarrollo, sino a la aceptación por la opinión pública de que los resortes jurídicos de la riqueza queden en manos extrañas y como tales inaccesibles al control del poder político de la sociedad).

En tales condiciones resulta explicable el profundo interés de la comunidad económica internacional en mantener la inmutabilidad del sistema. Interés que por cierto lleva a la comunidad financiera mundial a sacrificar los criterios convencionales de la economía del lucro y a la renuncia a recuperar los préstamos hechos a un país que no está ni va a estar en condiciones de cumplir con sus compromisos en la materia, ni ahora ni nunca. Es efectivamente un hecho que las economías nacionales, endeudadas en las proporciones en que lo han sido para facilitar su integración en el mercado mundial, no podrán nunca salir de su endeudamiento por sus propios medios. Por lo tanto, la deuda se acrecienta fatal y progresivamente con los intereses y las cuotas de amortización, renovados mediante la capitalización y los nuevos préstamos que imponen los “déficits” estatales y el saldo negativo de la balanza comercial. Cualquier contable podría indicar que este es un mal negocio para los banqueros que siguen prestando o prorrogando la exigibilidad a quienes no les pueden pagar, con prescindencia que quieran o que no quieran hacerlo.

Sin embargo, la operación que compromete a las finanzas mundiales (parecería sobreabundante calificar de mundiales a las finanzas, ya que prácticamente han desaparecido las finanzas con adscripción nacional, como existieran hasta mediados de este siglo) es menos disparatada de lo que podría considerarla un contador ortodoxo. En primer lugar, por lo ya dicho acerca del interés vital en conservar inalterado

CONSOLIDACIÓN DE LA NUEVA ETAPA

un "estado de cosas" que permite espléndidos negocios, para las empresas transnacionales en particular y para sus gerentes. Siendo que la inmutabilidad de las monedas criollas evitan las pérdidas y la evaporación de inversiones, como consecuencia de devaluaciones monetarias intempestivas, lo que se logra impedir mediante la inamovilidad del cepo cambiario.

Además el sacrificio y por lo tanto lo heterodoxia económica es menos dramático de lo que podría parecer. Buena parte de los fondos en danza provienen de derivados financieros que pertenecen a la "burbuja", alimentada por los "bonos basura", cuya emisión no comportó desembolsos algunos por parte de los intermediarios financieros¹. Constituyéndose bajo estos procedimientos de ingeniería financiera fondos destinados 1) a la renovación "sine die" de la deuda externa de países como el nuestro, 2) a calzar el encaje del circulante mediante afectación a reservas de una parte de la deuda y, eventualmente 3) a lubricar los déficits presupuestarios (éstos, según la lógica del sistema adoptado, ya no pueden ser solventados con emisión de moneda sin respaldo, pero se siguen generando). Con la ventaja adicional de que el control de los aspectos presupuestarios legitima las inspecciones regulares de los órganos oficiales de la finanza mundial, como lo es el Fondo Monetario Internacional.

La conclusión más obvia de esta primera parte es la de que la polémica acerca de la legitimidad de la deuda externa (cuyas alternativas son hacer honor a ella mediante renovaciones o disponer una moratoria unilateral para prever su pago en tiempo posible), requiere decidir previamente si nuestro país seguirá siendo una nación o se irá metamorfoseando en una porción del "mundo uno". Sólo así es posible salir de la trampa en que nos encontramos, que inhibe a las potencias aún no contaminadas de la sociedad e impide ocuparse seriamente de los problemas reales que nos afligen.

Pero para completar el análisis de los fenómenos que se están considerando será preciso adentrarnos en el examen de las sociedades contemporáneas —de la nuestra en primer lugar—, para tratar de apreciar los aspectos que se escapan a la consideración puramente técnica de los endeudamientos desmesurados, empleados con sujeción a un esquema de dominio mundial, o como se ha dado en llamar del Nuevo Orden Mundial en el que la economía hace las veces de cauce por donde se dilata el proyecto.

Lo que la objetiva apreciación del mundo contemporáneo nos muestra con caracteres cada vez más nítidos es la destrucción del orden civilizado, por obra del embate hasta ahora irresistible del economicismo, que manipulado según su tiempo por la izquierda o por la derecha, ha tenido un éxito aplastante al reventar las estructuras en que se sustentó el orden político de los Estados y que por lo tanto dieron aliento a la autoridad civil: familia, propiedad, organizaciones gremiales, clases sociales, ejércitos, iglesias han perdido su condición de "fuente de la autoridad", al servicio del orden y de la justicia en la sociedad. Si hoy se mantienen todavía en pie como corporaciones civiles residuales, es gracias a que el factor actor económico se ha anidado en sus entrañas y es el que mantiene más o menos unidos a sus miembros bajo un atisbo de autoridad sectorial. Obispos, dirigentes gremiales, jefes militares, si bien se mira hasta los jefes de familia, empresarios y gobernantes, son obedecidos en la medida en que conserven bajo su dominio los "cordones de la bolsa" cuando además se trate de una bolsa bien provista. De lo contrario nadie les obedece, ya que las formas tradicionales de las que se revestía la autoridad —la santidad, el heroísmo, la sabiduría, la fuerza, la prudencia, la tradición, el amor al prójimo, las lealtades partidarias de antaño, las grandes ideologías, etc.— sólo perduran como datos subjetivos de personalidades individuales, pero han agotado su potencialidad como fuente eficaz de la autoridad. La sociedad queda cada vez más vacía de sus formas civilizadas y en manos de los administradores de la economía, últimos exponentes del poder social.

Esto representa el más apetecido triunfo del economicismo; pero se trata de una "victoria a lo Pirro", que en el fondo terminará por aniquilar lo mismo a lo que se pretendió dar vida: al sistema económico, que sin duda forma parte de cualquier civilización. El economicismo es en este aspecto una víctima —inconsciente por el momento— de los mismos dogmatismos por ella consagrados, que presumen poder prescindir del orden político. Pero que cuando efectivamente lo obtienen se ven en la necesidad —ciertamente dañosa para su condición— de recrear desde su seno el poder político que con feroz pedantería consideraron superfluo. Tal reconstrucción no ha podido sino ser emprendida desde el propio andarivel de lo económico, recurriéndose a fórmulas pensadas para hacer negocios y para obtener beneficios, pero que se desnaturalizan cuando se les pretende hacer desempeñar las funciones que concurren al bien común de la polis.

No niego, sino todo lo contrario, que el economicismo haya avanzado en este rumbo. Basta una visión mínimamente crítica por sobre las más vitales operaciones sociales para verificar esta contaminación de las estructuras por el economicismo. Así, al sexo (que sin duda constituía un principio de orden decisivo, por lo menos en lo referido a los roles del varón y de la mujer, por lo tanto del padre y de la madre, etc.) se lo comercializa, se lo publicita y se lo desnaturaliza bajo pautas dinerarias; la vida de los partidos políticos queda diferida a punteros profesionales y a "publicitarios" internacionales; la fiesta, el deporte, el estudio constituidos en mercancías explotadas por sociedades comerciales, sujetas exclusivamente a la regla áurea de la eficiencia y a los cálculos de "costo-beneficio".

Esto ha colocado a los "amos de la economía" en situación harto comprometida, al tener que proveer a la totalidad de los requerimientos sociales y atender a sus tensiones con el único instrumento que conocen. Los economistas no pueden apelar para ello a la santidad, ni al heroísmo (que normalmente no poseen), ni pueden ser obedecidos por su prestigio moral o intelectual. Tampoco poseen la fuerza, ya que la fuerza mercenaria no cuenta en estos menesteres; no poseen la sabiduría, menos aún la prudencia; no despiertan lealtades sino obsecuencia; no poseen el prestigio de las estirpes, ni la audacia de los aventureros (ya no quedan hombres de la especie de los Cecil de Rhodes en el mundo de los negocios).

Por eso es que los actuales amos del mundo carecen de cualquier posibilidad de corregir los vicios que terminarán por derrumbar el sistema que han establecido. Entiéndase, el sistema no se derrumbará por impulsos de fuerzas ajenas a él, sino por las debilidades intrínsecas de las que no puede desentenderse. Las fuerzas sociales que pudieran disputar el predominio de los economistas no existen con suficiente relevancia, porque han sido—en tanto tuerzas sociales— asfixiadas por la marca del economicismo. Por eso es que los actuales conductores del mundo no pueden darse el lujo de que se altere en un ápice la estructura de los intercambios, constituida en torno a parámetros económicos. Pero sucede que para constituir y preservar esta primacía, la alta finanza mundial ha debido recurrir a una serie de artilugios financieros, que por causa de su misma artificiosidad técnica se mantienen en vigor únicamente gracias a mecanismos monetarios. Esta es la debilidad de las tiranías. ¡Que no pueden darse respiro, ni recurrir a la ayuda de otros!

En este punto es donde el caso argentino asume todo su dramatismo, lo que además posee una gran peligrosidad. Ya que todo el sistema de convivencia que nos rige y que se pretende perpetuar con el recambio presidencial se reduce a preservar el único sistema de convivencia que actualmente tiene vigencia entre nosotros, es decir el de la moneda inalterable. Esto naturalmente lo saben nuestros políticos (aparentemente es lo único que saben) y lo saben también los gerentes de los cenáculos financieros mundiales. La alteración de la paridad monetaria, con la consiguiente posibilidad de quiebra de los intercambios internos y la devaluación de la moneda nacional, ofrece una perspectiva que resulta inaceptable para el economicismo, en tanto que podría suscitar la revisión de la economía de dependencia a impulsos de la anarquía que sobrevendría, con todas sus secuelas de hiperinflación, saqueos y parálisis de la producción (naturalmente que tampoco se puede olvidar la ductilidad del sistema para reeditar una vez más la receta explicada). Si es o no posible el reestablecimiento de una economía basada en la voluntad y en la capacidad de los argentinos sería materia de otro análisis; que como quiera que sea conlleva la reconstrucción de un poder político también nacional, a partir de las reservas materiales y espirituales que se sepa convocar. ¡Pero esta es otra cuestión!

Notas

*Abogado (UBA). Se desempeñó como Secretario y como Juez de 1º y 2º Instancia de la Justicia Nacional en lo Comercial. Profesor de Introducción al Derecho, Historia del Derecho, Pensamiento Político Contemporáneo y Ciencia Política (Facultad de Derecho y Ciencias Políticas - UCA). Decano Interventor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (1974-75). Autor de artículos, conferencias y libros especializados.

1. Ver "*La saga del Rey Midas*", en la revista *Colección* N°7.